

CAPITULO VIII

EL SECUESTRO DE ARAMBURU

1. La declinación del César

El fin del agitado año 1969 mostraba la puesta en marcha de la cuenta regresiva para el gobierno del adusto autócrata.

La asepsia política del ejército sólo existía en la voluntad de Onganía, y de hecho había una dualidad de poderes que se iba poniendo de manifiesto a medida que emergían factores de crisis, como el problema de Tucumán, la inquietud estudiantil o los reclamos sindicales, sin olvidar el crecimiento de las rudimentarias manifestaciones guerrilleras. Los resultados económicos estaban lejos de manifestar un despegue del país, y mucho habían tenido que ver con los estallidos sociales que tanto habían conmocionado a los sorprendidos militares. El general Jorge Carcagno, oficial colorado de 1962 y 1963, tan alejado de la política como su profesionalismo y su pertenencia al bando denotado en la lucha interna lo llevaban a estar, se había encontrado un día ocupando con sus paracaidistas una enloquecida ciudad de Córdoba. Carcagno, como muchos de sus camaradas, podía creer en la existencia de subversivos marxistas detrás de la agitación, pero había visto con sus ojos a los obreros, estudiantes, comerciantes y empleados que arrojaban piedras contra la impotente policía cordobesa. El 29 de mayo de 1969 había descubierto lo social.

A principios de enero de 1970 tuvo una entrevista con Lanusse, a quien le dijo que "el nivel de vida de los argentinos constituía un problema suficientemente grave para que se lo supeditase a un esquema... que podía llevar a la catástrofe." (A. Lanusse, *Mi testimonio*). No le preocupaba menos el rechazo que provocaría el empleo de fórmulas políticas corporativas.

El comandante en jefe dejaba hablar a sus subordinados. Para Rogelio García Lupo (*Mercenarios y monopolios*) "el tema del año... fue acertar en qué momento... Lanusse... se quedará con el gobierno".

El contraste entre los ensueños del gobierno y la realidad que lo rodeaba aparecía en todas partes. El 1° de enero, Onganía le había dado un imaginario golpe a la inflación, mediante el ingenioso sistema de quitarle dos ceros al signo monetario, a través de la Ley 18.188, e inauguraba una costumbre que se afirmaría en las décadas siguientes. Dos días después, en Villa Piolín, oprobioso barrio precario en plena ciudad de Buenos Aires, los guerrilleros de las Fuerzas

Armadas Peronistas cumplían el papel de Reyes Magos repartiendo juguetes entre los chicos pobres.

Mientras Onganía continuaba, sin saberlo, su agonía política y Lanusse preparaba su propia llegada al poder, los proto guerrilleros urbanos continuaron sus acciones. En general, se limitaron a asaltos a puestos policiales, a los que arrebatában armas y uniformes, aunque también se atrevieron con la mismísima guarnición de Campo de Mayo. En los primeros días de febrero, tres hombres y una mujer coparon un puesto de vigilancia de la Escuela de Suboficiales, y se llevaron algunas armas.

En marzo, siguiendo el modelo que en Uruguay los Tupamaros estaban desarrollando al máximo, otro grupo secuestró al cónsul paraguayo en Ituzaingó (Corrientes) Waldemar Sánchez, a quien aseguraron en una "cárcel del pueblo". Exigían la libertad de algunos detenidos políticos a cambio de su vida. El gobierno se mantuvo firme, sin que los captores cumplieran sus truculentas amenazas. El problema ya era preocupante, y el gobierno sancionó la Ley 18.670, que endurecía procedimientos y penas contra delitos subversivos.

El ejército, a su vez, inició acciones de entrenamiento antiguerrilla, junto a las otras fuerzas y a las policías federal y provinciales.

A fines de marzo de 1970 ocurre un extraño episodio. El diplomático soviético Yuri Bivarov logra escapar a un intento de secuestro. Naturalmente no era la guerrilla la responsable, apareciendo como sospechoso el inspector de policía Carlos Benigno Balbuena, aunque no se sabe si lo hacía en defensa de Occidente o como negocio privado.

El ámbito sindical no se mostraba menos inquieto. Habían terminado los tiempos del aplastamiento del vandomismo, y las 62, en enero, anuncian medidas de fuerza, expulsan a dirigentes catalogados como "colaboracionistas" y refirman o como objetivos la vuelta de Perón y la toma del poder.

En los meses siguientes el endurecimiento sindical aumentó hasta extremos cuasi insurreccionales. A mediados de mayo fue tomada en Córdoba la planta de matricería de IKA-Renault.

La CGT anunció un paro general para el 23 de abril. Tres días antes, Onganía evaluaba el tema con el subsecretario de Trabajo, Rubens San Sebastián, y anunció medidas para "asegurar la libertad de trabajo". El resultado del paro, parcial y limitado al sector industrial, bastó como síntoma de inquietud obrera.

Otro lugar donde la situación se agravaba era la provincia de Tucumán. La "reconversión industrial" estaba lejos de haber solucionado el problema social generado por el cierre de los ingenios. En marzo fue ocupado el ingenio "Providencia". Al mes siguiente, los obreros de "Los Ralos" realizaron marchas de protesta. Los sacerdotes del Tercer Mundo dan a conocer una declaración en la que dicen que "la provincia presenta un cuadro de lucha originado en la injusticia y la explotación descarada, en medio de la más completa desolación y abandono" (citado por Gerardo Bra, *El gobierno de Onganía*). Frente a este panorama, Onganía envía a la provincia a su ministro del Interior. Imaz va a "informarse" de la situación mediante entrevistas diversas para terminar prometiendo "medidas económicas", con la consiguiente decepción de los tucumanos.

Para la conducción económica nacional, en cambio, todo parece marchar bien. Dagnino Pastore, remedando a su antecesor, realiza una larga gira por Europa y los Estados Unidos para volver anunciando la pronta llegada de una misión del Banco Mundial cargada de espejitos y cuentas de colores.

Al mismo tiempo se lanza el Plan Nacional de Desarrollo (1° de febrero) que resolverá los problemas de infraestructura y terminará con la desocupación.

Mientras tanto la conspiración del comandante en jefe del ejército no se ha detenido. Miembro del staff azul, se había mantenido en un segundo plano, llegando al comando al caer su amigo Julio Alsogaray. Con Lanusse se unían el poder militar y el de los terratenientes. Generalmente el viejo patriciado ganadero había gobernado a través de personeros ajenos a su círculo, pero Onganía los había excluido y había terminado de defraudarlos con el intento "socializante" de impuesto a las tierras improductivas. Lanusse, en cambio, era uno de ellos.

El general estaba tratando de asegurarse la mayor cantidad de lealtades en la fuerza, en lo que lo ayudaba no poco el despiste político del presidente. En febrero pronunció un discurso en el Colegio Militar donde afirmaba que "el enemigo quiere hacer abortar el movimiento... (del) 28 de junio. Para lograrlo, no se ha vacilado en identificar a la Revolución con sectores o ideologías ajenas en su esencia... Tampoco han faltado quienes, aprovechando la función pública han tratado de desvirtuar los principios de la Revolución, para acomodarlos a sus intereses... En el fondo, lo que buscan es disociar la ciudadanía de las Fuerzas Armadas, como primer paso para la conquista del poder." (Lanusse, *Mi testimonio*).

El discurso mereció la aprobación de la UCR y, sorprendentemente, del propio Onganía, que le dijo que "así había que hablarle al ejército." (Lanusse, *op. cit.*).

En medio del desgaste de la figura de Onganía, el 2 de abril el ex presidente Frondizi dio a conocer un documento crítico. "La esperanza que el país depositó en el gobierno del teniente general Juan Carlos Onganía... está agotada." (Lanusse, *op. cit.*). No sólo no se había hecho la Revolución, "sino que el gobierno se ha entregado a la Contrarrevolución". Frondizi se había ganado una merecida fama de pájaro de mal agüero, y su crítica llegaba como un augurio nefasto para el gobierno. El general Juan E. Guglielmelli, filo desarrollista, y el ex comandante Solanas Pacheco, se sumaron a las críticas. El secretario de Guerra de Frondizi preparó un discurso severo para decir el Día de la Caballería, como presidente del arma que era, pero Lanusse no lo autorizó. Naturalmente, el discurso fue conocido por los diarios y el efecto fue peor. Onganía, ante la andanada frondicista, sólo atinó a descalificar a sus críticos, "que introdujeron la confusión en el país, con pactos y subterfugios", sin responder a los ataques a su política económica, institucional y cultural.

El 28 de abril, Lanusse se reunió con el presidente para presentarle un memorándum de once carillas sobre la situación general. En él se hablaba de "una profunda crisis interna del gobierno, provocada por la falta de una conducción firme del proceso revolucionario... La incapacidad de los responsables de la conducción en áreas fundamentales del gobierno... El fracaso de la política económica cuyos resultados se traducen en la quiebra de la paz social... La existencia de fabulosos negociados en los cuales se hallarían complicados hasta ministros y secretarios de estado." (Lanusse, *op. cit.*).

El *memo* reclamaba un plan político y denunciaba a "ciertos círculos" que propiciaban "régimenes que nunca gozaron de aceptación en el país".

El documento llegaba en el momento oportuno. Onganía había suspendido su costumbre de visitar unidades militares, y los uniformados sentían que eran responsables de una gestión política en la que no tenían decisión ni, al menos, información. El presidente accedió a reanudar las reuniones con jefes militares, pero impuso el criterio de hacerlo con cada arma por separado.

2. La reunión del 27 de mayo

El divorcio de Onganía con la realidad, al menos en palabras de Lanusse, queda claro cuando, al dirigirse juntos a la reunión con los generales, el presidente preguntó: "¿de qué vamos a hablarles a estos señores?". Cuenta Lanusse que se sobresaltó. "Contesté que... debía referirse a las inquietudes que yo había sintetizado en el documento del 28 de abril. 'Tiene razón, por acá lo tengo', dijo, y tomó un papel del escritorio." (Lanusse).

La reunión fue presentada como un diálogo, en el que los generales harían todas las consultas necesarias. Para más tranquilidad de los asistentes, el presidente decidió que no se prendiera el grabador. "La exposición... fue, lisa y llanamente, una catástrofe nacional". El comandante dejó hablar al presidente, permitiendo que se explayara en su no muy dúctil oratoria, con lo que afirmó a los generales en la creencia de que estaban ante un cerebro confuso. Roth (*Los años de Onganía*) dice que "las preguntas de Lanusse, Sánchez Lahoz y López Aufranc fueron orientadas a confirmar las impresiones deslizadas con anterioridad". Lo notable es que el presidente no se percatara de la trampa y desarrollara una abstrusa exposición llena de gráficos incomprensibles para su auditorio.

No sería ingenua la pregunta del general Sánchez de Bustamante acerca de la politización del proceso al producirse la —presuntamente cercana— muerte de Perón. Sí lo era la respuesta de Onganía al afirmar que el Líder había fenecido como conductor. Para él, lo importante, más que los planes, era el que se planificara. El remate estuvo al pedir una estimación de los tiempos necesarios para alcanzar los objetivos revolucionarios: "Es un proceso muy largo. No se puede reestructurar la sociedad en diez o en veinte años. La Revolución de Mayo de 1810 tuvo su Constitución en 1853". El comandante veía, seguramente con callada alegría, que los cálculos llevaban "al año 2013".

Roth dice que "en cuanto Lanusse juzgó que el efecto estaba logrado, puso fin a la reunión" (*op. cit.*) con el pretexto de que los generales debían partir a sus comandos, pero reconoce que la misma quedó "trunca, sin que Onganía advirtiera que se había confirmado cada una de las sospechas sembradas con anterioridad".

Dos días después, durante el festejo del Día del Ejército, el presidente preguntó al Comandante en Jefe su opinión sobre la reunión de generales. "Las conclusiones que sacaron los generales" pueden dividirse entre los "que no entendieron lo que usted quiso decir y el sector de los... que están en total desacuerdo con lo que usted dijo".

No se equivocaba García Lupo (*Mercenarios...*) cuando decía que "Onganía fue derrocado el miércoles 27 de mayo, pero sobrevivió en la Casa Rosada hasta el 8 de junio". La conversación del Día del Ejército fue interrumpida por la noticia del secuestro del general Aramburu, que hizo que el presidente y los tres comandantes abandonaran Campo de Mayo.

3. Aramburu: las dos historias

En la mañana del 29 de mayo de 1970, alrededor de las 9, dos hombres jóvenes vestidos con uniformes militares —uno capitán, teniente el otro, al parecer— tocaron el timbre en el departamento del octavo piso de la calle Montevideo 1053. Los atendió y les abrió doña Sara Herrera de Aramburu, porque venían a ofrecerle seguridad (custodia) al dueño de casa, ex presidente de la República, teniente general Pedro Eugenio Aramburu.

La señora tenía que salir, pero avisó antes a su esposo de la novedad y después partió. En una de las habitaciones dormía una hija del militar, quien no advirtió nada raro. Cuando la señora regresó, minutos después, ya no había nadie en la sala, ni siquiera un aviso en el escritorio de su esposo. Este había salido flanqueado por sus dos visitantes, quienes lo condujeron hasta un garaje vecino. Solamente los vieron la empleada de una boutique y dos serenos del garaje "Montevideo".

Serían las 9,30 cuando un Peugeot blanco partió con rumbo desconocido. Aramburu acababa de ser secuestrado por un comando de los *Montoneros*, una formación desconocida por el público. Poco después, los secuestradores comenzaron a dar informaciones y aseguraron que Aramburu estaba en su poder y que iba a ser sometido a "juicio revolucionario". Hubo falsos comunicados; por eso, en su *Comunicado Número 2* del 31 de mayo, *Montoneros* "Juan José Valle" afirman que "resulta totalmente descartada la posibilidad de negociar su libertad". La mención de "Perón Vuelve" trata de involucrar al peronismo en la operación.

Desde el gobierno no hubo una actitud clara, porque más bien se insinuó que se trataba de un "auto secuestro". Susana Valle, hija del general aludido en los comunicados, concurrió a Coordinación Federal y expresó su desconocimiento y su desvinculación con relación al episodio. Juan Perón, desde España, también manifestó que el peronismo nada tenía que ver con el mismo. En igual sentido hizo declaraciones Jorge D. Paladino, secretario general del Movimiento Nacional Justicialista. Por su parte, el mayor Pablo Vicente, por el Movimiento Peronista Vertical, expresó su anhelo de que el secuestrado apareciera "en el menor plazo posible".

En el diario *La Nación* del 3 de junio apareció el testimonio de Ángel Viamonte, uno de los dos serenos del garaje "Montevideo", quien relató que le habían traído para su reconocimiento los rostros de dos personas. "Pero no eran los mismos —dijo— que se llevaron al teniente general Aramburu. Estos eran más delgados. Los otros parecían militares". Y ante una pregunta del periodista acerca de si habían sido llamados para colaborar en el *identikit*, el sereno expresó: "No, en ningún momento. Ni a mí, ni a Luis, el otro sereno. Los dibujos que vi no se parecen mucho a los militares que salieron con Aramburu, aunque acepto que una persona cambia bastante cuando viste uniforme".

En esa misma edición, el citado matutino publicó el *Comunicado Número 4*, de fecha 1° de junio, también encabezado por el "Perón Vuelve". En el mismo, el público leyó que Aramburu había sido ejecutado a las 7 horas, es decir, esa misma mañana. De golpe, de la noche a la mañana, la organización de Firmenich había pasado a tener una dimensión pública inesperada.

4. La versión de Montoneros

Cuatro años y tres meses después del secuestro, la revista *La Causa Peronista*, N° 9, del 3 de setiembre de 1974, publicó un extenso relato titulado: "Mario Firmenich y Norma Arrostito cuentan cómo murió Aramburu". El artículo de la publicación que dirigía Rodolfo Galimberti comenzaba diciendo que a las 13,30 del 29 de mayo, mientras las radios interrumpían los programas para dar la noticia de que "habría sido secuestrado el teniente general Pedro Eugenio Aramburu", éste iba en la caja de un vehículo, entre fardos de pasto, rumbo a Timote.

El texto enumeraba cargos contra el ex presidente. Entre otras cosas, dice que Aramburu conspiraba contra Onganía y que su proyecto, "para reemplazar al régimen corporativista" era "políticamente más peligroso". También habla de los integrantes del comando: Emilio Maza (el capitán), Fernando Abal Medina (el teniente), Carlos Ramus, Carlos Alberto Maguid y Carlos Raúl Capuano Martínez, aparte de Firmenich y de la Arrostito. No tuvieron problemas en el trayecto hasta la estancia "La Celma", de la familia Ramus, a la que llegaron a las 17,30.

Luego de dar pormenores del juicio a que se lo sometió, la versión expresa que el tribunal deliberó el 1° de junio y a la madrugada le comunicaron la sentencia de muerte. Después, ya en el sótano "le pusimos un pañuelo en la boca y lo colocamos contra la pared. El sótano era muy chico y la ejecución debía ser a pistola". Fue Abal Medina quien lo ejecutó; antes le dijo: "General, vamos a proceder" y Aramburu respondió: "Proceda". Aquí es visible una contradicción, porque Aramburu tenía un pañuelo en la boca.

Después vino una bala de 9 milímetros al pecho y luego dos tiros de gracia. El resto de los pormenores es secundario.

5. ¿Un "caso Moro" argentino?

Trece días antes del secuestro hubo una importante reunión en casa de un señor Araujo, en la que estuvieron presentes, aparte del anfitrión, Pedro E. Aramburu, Arturo Frondizi, Alejandro A. Lanusse —comandante en jefe del Ejército— y Francisco Manrique. Durante la reunión,

Aramburu expuso su proyecto político, que preveía la próxima toma del poder *manu militan* y un gobierno con salida civil, en la que se incluía a Perón y al peronismo.

Dicha reunión fue confirmada por el doctor Frondizi a Fermín Chávez, en entrevista realizada el 23 de junio de 1984. Por otra parte, puede comprobarse que Pedro E. Aramburu había tomado contacto con Juan Perón desde París, a donde viajaba para visitar a su hija, Sara Aramburu de Burghardt. Primeramente, lo hizo a través del doctor Ricardo Rojo y, posteriormente, mediante llamada telefónica. En verdad, Aramburu se anticipaba a otros militares sobre una salida política para la Argentina en que participara Perón. Y esto antes de 1970.

No hay dudas de que la historia contada por los Montoneros, ya muerto Perón y bajo el gobierno de María E. Martínez de Perón, esto es, ante nuevas necesidades políticas, buscaba objetivos y justificaciones que no se concilian con la verdad histórica. Se puede conjeturar que el aparato de poder militar de 1970 tuvo bastante que ver en el operativo contra Aramburu, el conspirador que ya no era el mismo de 1955. Nos referimos especialmente a los Servicios de Inteligencia controlados por el Comando en Jefe del Ejército.

Está comprobado el procedimiento efectuado el 3 de junio por el capitán de navío (RE) Aldo Luis Molinari en Villa Dominico, donde localizó a Horacio Wenceslao Orué. En el mismo participaron efectivos de la Armada y agentes de Coordinación Federal. Dicho agente de los Servicios habría trasladado el cadáver de Aramburu —muerto al parecer en el Hospital Militar—, el domingo 31 de mayo, para entregarlo a los Montoneros que lo llevarían a Timote. Lo cierto es que el diario *La Nación* del 5 de junio de 1970 informó sobre la detención de Orué, al que nombra Wenceslao Uruez, y al día siguiente el mismo matutino confirmó la detención, en Villa Dominico, del mencionado Orué.

Según esta otra historia, a los secuestradores les robaron a Aramburu operadores militares, en una zona ubicada detrás de la Facultad de Derecho. Este comando lo interrogó sobre la conspiración y, como el ex presidente se descompuso, lo llevaron al Hospital Militar para reanimarlo; pero sin éxito. Aramburu habría sido sacado muerto del hospital y entregado a Orué, quien, a las 10,30 del 31 de mayo, lo habría entregado a Firmenich.

Una serie de asesinatos y muertes extrañas, por otra parte, rodean el curso de los sucesos posteriores. El primer episodio ocurrió en William C. Monis en setiembre de 1970, cuando Abal Medina y Ramus aguardaban la llegada, a un bar de dicha localidad, del estanciero Antonio Romano, de Mar Chiquita, amigo del general Francisco Imaz y del general Mario A. Fonseca. Lo esperaban para recibir un dinero, parte de los 30 millones de pesos prometidos. En vez de Romano llegó la policía y los dos "montoneros" nombrados murieron baleados.

A principios de 1971 llegó a la estancia de Mar Chiquita una camioneta en la que iba Norberto Rodolfo Crocco, encargado de realizar la *vendetta* por lo de William C. Morris. Ejecutado Romano, Crocco fue eliminado por personal militar, aunque la versión circulante lo dio como que se había suicidado. Por su parte, Capuano Martínez, quien se había salvado de la represión de William C. Morris, cayó muerto en un bar de Barracas el 17 de agosto de 1972. A su vez, Norma Esther Arrostito, según un comunicado militar, cayó el 2 de diciembre de 1976 en un enfrentamiento, aunque la verdad pudo ser otra. En cuanto a Carlos Maguid, fue secuestrado en Lima por un grupo argentino y nunca más apareció con vida.

Hay más: el comisario Sandoval, quien había visto con vida a Aramburu en el Hospital Militar, terminó asesinado en una estación de servicio de Triunvirato y Olazábal. Y el encargado de la estancia "La Celma", Blas Acebal, fue encontrado muerto en su habitación.

El cadáver de Aramburu fue descubierto en Timote el 16 de julio de 1970 y curiosamente fue llevado al Regimiento de Granaderos a Caballo para su identificación. Después se le hizo la autopsia en el Hospital Militar Central. Se dijo que el cadáver tenía tres heridas de bala en la cabeza y una herida profunda a la altura del corazón. Recién el 20 de julio se llevó a cabo una

conferencia de prensa en el Departamento Central de Policía, la que resultó una larga exposición sin preguntas.

Muchos de los hechos consignados son sumamente llamativos y plantean serias dudas sobre los máximos responsables del operativo del 29 de mayo. Podríamos agregar algunos más, pero sólo añadiremos un dato importante, concerniente al propósito e intenciones el relato publicado en *La Causa Peronista*: días después de difundirse este último: la formación *Montoneros* pasó a la clandestinidad y a combatir al gobierno de Isabel Perón, junto con otras organizaciones guerrilleras.

Lo que el grupo "montonero" buscaba con el relato de la muerte de Aramburu era una condena oficial del mismo, a fin de mostrar al gobierno como *no peronista* y como cercano a los "gorilas", identificación ésta que le venía siendo marcada a *Montoneros* por los voceros del E.R.P. De ahí al paso a la clandestinidad, mediaba muy corto trecho.

En diciembre de 1969, Pedro E. Aramburu había iniciado sus contactos con Juan Perón. En Italia, Aldo Moro fue secuestrado el 16 de marzo de 1978, justo un mes después de la última entrevista secreta entre el líder de la Democracia Cristiana y Enrico Berlinguer, secretario general del Partido Comunista, en la que tejieron una convergencia política en las grandes cuestiones de ese momento italiano. Las Brigadas Rojas lo secuestraron mediante un comando de nueve miembros, dos de los cuales eran extranjeros. En el caso de Aramburu, muchos datos apuntan en la misma dirección.

6. No más cheques en blanco

El 2 de junio se realizó la reunión del CONASE. El ambiente era tenso, Aramburu no aparecía —según los secuestradores ya había sido ejecutado— y los asistentes sospechaban unos de otros. En estas circunstancias Lanusse manifestó la conveniencia de consultar a los políticos. "¿Usted dice que hay que llamar a los ex partidos políticos? ¿A quién llamaría usted, por ejemplo? Nombre a una sola persona".

El comandante no podía responder; "hay que pensarlo", dijo. Onganía cerró el debate encargando a los comandantes en jefe la elaboración de un plan político.

Los días que siguieron fueron agravando la situación. Los comandantes, en especial Lanusse y el almirante Gnavi, aseguraban la lealtad de los mandos.

A mediodía del 8 se leyó por radio un comunicado que decía: "el Comandante en Jefe del Ejército,... ha resuelto: 1°. Que la responsabilidad asumida por el Ejército en la Revolución Argentina, es incompatible con la firma de un nuevo cheque en blanco al Excelentísimo señor Presidente de la Nación". Poco después se sumó la Armada. Onganía intentó resistir en la Casa de gobierno, reasumiendo el comando del Ejército, claro que sin contar con la obediencia de nadie. En las siguientes horas, la Junta de Comandantes reasumió el gobierno y destituyó a Onganía. El desplazado César permaneció en la Casa Rosada, casi hasta medianoche, en que se decidió a llevar su renuncia al Ministerio de Defensa. De inmediato los comandantes se presentaron en la vacía Casa de Gobierno.